

## Barrán en *Marcha*

Carlos Demasi<sup>1</sup>

(CEIU – Facultad de Humanidades)



65

### Tiempos de cambio

El 6 de octubre de 1961 apareció la primera de las reseñas bibliográficas firmada con las iniciales J.P.B.; para no dejar dudas, en un recuadro en el título de la página listaba los nombres completos de los colaboradores, y allí se incluía expresamente el nombre de Barrán. Sugestivamente en la misma página se anunciaba el comienzo de las actividades de Ediciones de la Banda Oriental. En ese número también se presentaba un nuevo jefe de la página política: Eduardo Payssé González, que publicaba un reportaje a Eduardo V. Haedo que incomodó a la Dirección. Esta acumulación de novedades nos dice algo sobre la evolución del semanario, sobre el Uruguay de 1961 y también sobre el contexto cultural en el que se inscribe la incorporación de Barrán al equipo de redactores.

Los cambios que se perciben en el semanario *Marcha* a fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, acompañan las profundas transformaciones del país que llevaron al semanario a un "giro político", parte de un período paradigmático de la evolución del semanario *Marcha*, en el que no solamente fue formador de opinión económica y cultural, sino también lo fue en la política. En ese giro, la dimensión estrictamente cultural no fue abandonada por el semanario: a mediados de 1961 se reunieron en una misma sección los comentarios bibliográficos –hasta



En los 25 años de *Marcha*, sus hacedores firman bajo el principio elegido por Carlos Quijano: "Navegar es necesario, vivir no es necesario". Entre otras se distinguen las firmas de: Julio Castro, Julio C. Puppo, el Hachero, Real de Azúa, Mercedes Rein, Héctor Rodríguez, Luis Pedro Bonativa, Isabel Gibert, Washington Lockhart, Benjamín Nahum y, abajo, al centro: Barrán.

1. Carlos Demasi, Profesor de Historia (IPA), Licenciado en Historia (FHC), Mag. en Ciencias Humanas. Encargado de Dirección del CEIU (FHCE). Investiga la historia reciente del Uruguay y la región. Autor de *La lucha por el pasado* y co autor de *La Dictadura Cívico-Militar en Uruguay. 1973-1985*.

# Libros y Autores

ESCRIBEN: José Pedro Barrán, Diego Pérez Pintos, Germán V. Rama,  
Lucien Mercier, Mario Trajtenberg.

## RELIGION

ARNOLD J. TOYNBEE: *EL CRISTIANISMO ENTRE LAS RELIGIONES DEL MUNDO*. Buenos Aires, Emece, 1961. 141 pp.

Toynbee nos brinda un nuevo ensayo y a esta altura de su producción, parecería abordable que la facilidad con que publica sea la mejor escuela para un tratamiento serio del tema. Se trata de cuatro breves conferencias, sencillas cuando no llanas, con algún chispazo de comprensión verdadera, dadas en New York en 1955. El tema, está esperando otro enfoque, y

palabra divina a la cultura particular y no prueba de la falsedad de la revelación. El criterio no deja de ser curioso en boca de un occidental y revela en su tendencia, el afán un tanto tardío de Occidente, por comprender aquello que no es él. J. P. B.

## • ENSAYO

★ ERNST SCHNABEL: *ANA FRANK, LA PREDESTINADA*. Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1961, 206 pp.

El breve prólogo, lleno por momentos de un entusiasmo por Ana Frank que va más



entonces ocasionales y dispersos en la página literaria— y los encargó a un grupo particularmente destacado (por ejemplo, estaba otro futuro ganador del Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual, el poeta Washington Benavides). La sección (con nombres diversos) tuvo una permanencia que es reflejo de una intensa actividad editorial; aunque al comienzo predominaban las publicaciones argentinas, con el correr de los años se fue abriendo paso la producción del boom editorial nacional de los sesenta. El repaso de las obras reseñadas proporciona un buen resumen de los temas y los enfoques que interesaban a los intelectuales de la década.

La actividad de Barrán como colaborador fue intensa: hasta 1968 reseñó alrededor de un centenar de libros, a los que se agregaron artículos ensayísticos, crónicas de época (algunas firmadas como “Montaldo”) y colaboraciones en números especiales. En este corpus pueden señalarse las características de un estilo de lectura, así como pistas muy firmes sobre las inquietudes metodológicas y los temas que lo obsesionaban por entonces. Vamos a tratar de repasar algunos de ellos.

## Elogiar y criticar

Con una pauta más orientada por la personalidad que por la temática, Barrán encaraba la crítica como una tarea docente. En estos comentarios redactados en estilo muy llano, el comentarista es poco visible: nunca compete con el autor, no alardea de sapiencia desplegando bibliografía sobre el tema que comenta salvo que la contraposición de otra opinión enriquezca el comentario. Nunca un libro es tan malo que no tenga algún

aspecto elogiado; nunca es tan bueno que no merezca alguna observación (incluso estos dos aspectos aparecen vinculados: muchas veces los mayores elogios conviven en el mismo comentario con las críticas más fuertes). Y por último, siempre la reseña incluye (generalmente como cierre) algún comentario que vinculaba la obra con los problemas contemporáneos, un lazo que a veces estaba en la lectura del crítico más que en la intención del autor. De las reseñas surge con nitidez un conjunto de pautas metodológicas, algunas de las cuales lo acompañarán permanentemente en su tarea de historiador.

Hijo de su tiempo, sus crónicas revelan un marcado interés por la historia social y económica que aparecía como la novedad al impulso de la historiografía francesa. Parece claro que el ejemplo de *Annales* lo interpelaba directamente como historiador y desde ese lugar constituía su mirada, sin embargo es raro que los invoque alguna vez<sup>2</sup>. Pero en una época tan fuertemente marcada por el estructuralismo, su atención no se limitaba a la descripción de las estructuras sociales y económicas como totalidades globales; con frecuencia se dejaba llevar por aquella “voluptuosidad de estudiar cosas singulares” que evocaba Marc Bloch de las que solía extraer conclusiones de valor general.

La mirada sobre lo social y lo económico estaba orientada por una demanda: la multicausalidad. Que los fenómenos históricos son el resultado de causalidades complejas es una idea que orienta permanentemente su lectura; y no se priva de señalarlo, particularmente cuando los autores se afilian con demasiada fuerza a la explicación económica. Es de señalar que la demanda de explicaciones complejas no se limita a aumentar el catálogo de factores económicos o sociales, sino que aboga por la inclusión de otras dimensiones. Sorprende que en una reseña, señale que la obra “olvida rubros políticos fundamentales” (Nº 1297, 28) en una época que no valorizaba demasiado la política; pero más sorprende que a R. Puiggrós le recuerde una frase de Lucien Febvre: “la auténtica causa de los hechos religiosos es generalmente otro hecho religioso” (Nº 1327, 29).

Esta cita introduce otra dimensión de los comentarios de Barrán, que resultaba trasgresora: la referencia al hecho religioso no solamente como rasgo cultural, sino como elemento específico del acontecer histórico. Su primera reseña apareció bajo la rúbrica “Religión”, y con frecuencia reclamaba una incursión por la religiosidad para comprender fenómenos del pasado y del presente; así se instala en los límites de la modernidad reseñando un libro (“fascinante”) sobre la religión en Haití. Su interés por lo religioso no es solo un abordaje pintoresquista, sino que

---

2. Los dos casos que pueden señalarse se vinculan a la misma nota, publicada en octubre de 1966, sobre el libro de Roberto Puiggrós: *Juan XXIII y la tradición de la Iglesia*. Como veremos, en el texto cita a Lucien Febvre, y en la respuesta a una airada carta de Puiggrós agrega una referencia a Marc Bloch (Nº 1330, 5). En cambio, en ningún artículo hay menciones a Fernand Braudel ni a la “larga duración”.

asume la religiosidad como un agente histórico dotado de autonomía y no un mero reflejo de fenómenos económicos o sociales. Comentando la obra de Arturo Ardao *Racionalismo y espiritualismo en el Uruguay*, cuestiona que el racionalismo uruguayo derive directamente de la influencia europea y sugiere que "... el racionalismo también puede ser fruto de una evolución *dentro* [sic] de la esfera de la religiosidad tradicional" (Nº 1149, 23). Más llamativa aún es una reflexión sobre un libro publicado por una institución católica:

...la crítica más importante que nos merece este estudio [es que], si no hubiéramos recibido la información de fuera, nada indicaría que este fuese un libro editado por católicos o al menos dirigido por ellos. El asunto es extremadamente curioso y desconcertante. [...] El crítico añora la trascendencia, se dirá. Bueno, efectivamente algo de ello sucede. No nos conformamos con la idea de ver a la Iglesia a la zaga de los tecnócratas. (Nº 1260, 2ª Sección, 14)

Sin embargo, aunque considera a la religiosidad un objeto de estudio relevante, no la utiliza como herramienta de análisis. Por el contrario, buscaba la racionalidad dentro de lo irracional como si un análisis que se apartara del marco racional fuera una anomalía que reclamaba explicación.

A todos los historiadores uruguayos modernos (y también a algunos intelectuales y políticos que se ocupan de la reubicación de nuestro pasado en la realidad actual) se les puede formular un reproche: el tono admirativo con que analizan las manifestaciones «irracionales» de nuestra evolución histórica, en especial el caudillismo. [...] El origen de esta posición puede encontrarse en la identificación, inconsciente a menudo, entre mundo urbano y clases superiores, y mundo rural y clases inferiores, cuando de lo que se trata no es de la lucha entre explotados y explotadores, sino de lucha de dos sistemas culturales, cada uno con su correspondiente estratificación social (Nº 1135, 30).

En algún caso comentará con dureza que esa actitud "sólo se justifica por ese típico afán de ser populares que tienen las minorías de intelectuales". (Nº 1149, 21).

En estas notas críticas aparece un diálogo permanente con el marxismo, marcado por aproximaciones y distanciamientos. Si bien algunas categorías marxistas como la lucha de clases aparecen en sus análisis, en cambio desconfiaba de sus esquemas explicativos. "Las categorías [de Marx], ¿pueden ceñir siempre con vigor a una realidad tan ajena a aquella para la que fueron pensadas?" (Nº 1369, 31). Por esa línea, a veces su crítica se internaba en problemas más profundos:



Los historiadores marxistas realizan, en general, un culto muy poco sutil, muy poco razonado, a las fuerzas históricas que, en el presente, señalan el porvenir. [...] No todo lo que fracasa –como parece pensar Pintos– es porque tiene *necesidad* [sic] de fracasar. A veces sucede que el peso de los factores externos inclina la balanza de manera decisiva, impidiendo los procesos lógicos internos. [...] En eso discrepamos. En la necesidad absoluta de lo que acaece.<sup>3</sup> (Nº 1266, 2ª Sección, 15)

Pero, así como tomaba distancia del marxismo sin poder alejarse demasiado, también aparece seducido por la capacidad explicativa del psicoanálisis. La primera de las “Crónicas de otro tiempo” publicadas con la firma de “Montaldo” se titula “Un «caso Edipo» en nuestras guerras civiles” y presenta la extraña relación de Venancio Flores, su esposa y su hijo mayor, en la compleja coyuntura de febrero de 1868. Describe el alzamiento del Cnel. Fortunato Flores contra su padre Venancio, motivado “si Freud no nos contradice” por el deseo de que este continúe al mando. Como remate, comenta “Montaldo”: “El episodio demuestra que no sólo la sabia luz de Marx debe reinterpretar nuestra historia, también debemos dejar un pequeño sitio a la de Freud”. (Nº 1234, 12)

Este interés en el potencial analítico del psicoanálisis lo lleva a frecuentes apelaciones a las categorías freudianas: la descripción de las actitudes de un personaje son presentadas como “la enajenación más absoluta a un super yo familiar” (Nº 1325, 14); sobre el comportamiento de Juan Manuel de Rosas “No cabe duda, Rosas era un ser complicado y posiblemente más de un psiquiatra [¿psicólogo?] hubiera hecho una bella historia clínica con su comportamiento (Nº 1253, 11), o la caracterización del universo femenino de principios del siglo pasado como un mundo donde “las neurastenias y jaquecas –enfermedades de las mujeres «nerviosas» en una época que ignoraba el psicoanálisis– eran la respuesta inconsciente de una vida dedicada al cuidado del objeto” (Nº 1350, 29), una frase que tiene aroma a *El Uruguay del novecientos*.

Si el paso del tiempo reforzó esa mirada freudiana, en cambio hizo desaparecer una de las ideas más firmes de Barrán en los años sesenta: la manifestación de su compromiso con el presente, concebido como la continuidad del pasado. En sus notas existe una tensión subyacente entre el reclamo de fidelidad a la historia y el compromiso con su circunstancia, expresado en la búsqueda de una “reubicación de nuestro pasado en la realidad actual”. Esa lectura generalmente se resumía en una frase que vinculaba (a veces un tanto sorpresivamente) el tema del libro reseñado con la realidad presente. Así por ejemplo, dos trabajos sobre el pasado uruguayo le hacen pensar “que muchos buscan en la historia las causas profundas de la actual frustración” (Nº 1195, 28); o frente a la

---

3. Esto se mantuvo como una constante en su reflexión; “¿Por qué no puede ser lo que nunca fue?” (Barrán 2010, 189)

flexibilidad de la Iglesia medieval para adaptarse a los cambios sociales, concluye “No se podría decir lo mismo de ella en nuestro siglo”. (Nº 1117, 31).

Este interés no se limita a la lectura presentista de los estudios históricos también se refleja en los frecuentes comentarios de obras sobre episodios muy recientes, ejemplos de una mirada que historizaba “en tiempo real” los acontecimientos de su propia época. Así aparecen reseñas de publicaciones sobre la invasión a Playa Girón (ocurrida en abril de 1961) o de la política económica de Frondizi (derrocado en 1962). De la incidencia del empleo público en la clase media uruguaya extraía una conclusión que el tiempo revelaría certera: “como la mayoría depende del Estado, [...] una crisis financiera se revela como el factor más grave de conmoción social”. (Nº 1187, 31). A la inversa, a propósito del derrumbe del Banco Trasatlántico en 1965, “Montaldo” publicó una crónica sobre la crisis bancaria de 1868 repleta de alusiones al presente (Nº 1255, 11). Un Barrán más maduro calificaría esta actitud como “osadía” (Porley, 25), pero la revisión hace lamentar que no continuara esa línea.

Junto a estas constantes puede señalarse la ausencia (o casi) de aspectos que hoy sabemos ocupaban también su interés. La música o a la cultura musical deberán esperar hasta 1972 cuando, ya con Benjamín Nahum, aparezcan las referencias musicales vinculadas al contexto histórico (Barrán-Nahum, 14). Más llamativa aún es la escasez de reflexiones sobre la Historia enseñada, actividad que era su principal medio de vida por entonces. Solo en una oportunidad se detiene a reflexionar sobre la tarea educativa; allí identifica dos problemas en la enseñanza de la Historia: la trasmisión del sentido del tiempo y la formación de la conciencia crítica en los alumnos. La reseña termina con una reflexión que hace lamentar la brevedad de su extensión: “Mucho más importante que hipotéticos planes de reforma, en donde se pretende incluso modificar el contenido filosófico de la enseñanza media, parece ser el orientar al actual profesor en la manera de conducir su clase”. (Nº 1186, 28)

## Temas

La enorme dispersión temática –determinada por las obras comentadas– no impide percibir algunos intereses persistentes en Barrán, que se hicieron más evidentes cuando tuvo la posibilidad de elegir el tema de sus colaboraciones. El repertorio temático que asoma en este repaso muestra una orientación ya definida hacia la historia del país desde la colonia, abordada desde las dimensiones económico-sociales aunque, como ya dijimos, sin dejar de tomar en cuenta la autonomía de los aspectos políticos y culturales.

El tema que atraviesa todo el repertorio es el de la nación, que no solamente es motivo de reflexión, sino que, más aún, aparece como

configurador de la mirada. Barrán se vive como uruguayo y desde ese lugar observa, analiza y juzga; es imposible separar de sus comentarios un componente identitario que va mucho más allá de lo temático y da forma al comentario mismo. Pero su nacionalismo es profundamente crítico: la evidencia de la crisis y la dificultad para entrever una salida que no afectara la peculiaridad y la herencia del país, le da a sus comentarios cierto aire desencantado. Pero es ese compromiso el que lo empuja a estudiar el pasado (en otra publicación afirmaba: “El estudio del pasado es la forma más natural de arraigo”<sup>4</sup>); tenía la convicción (compartida por algunos de los historiadores más destacados de su generación) de que en la historia se encuentran encerradas las claves del presente.<sup>5</sup>

La fidelidad a ese capital intangible transmitido por el pasado que Barrán suele denominar “orientalidad”, motiva verdaderos ensayos con valor autónomo. De allí pueden extraerse fragmentos de una narrativa de la nación donde se distinguen épocas turbulentas (hasta el final de la Guerra Grande), etapas de crecimiento económico y de instauración del control político hasta comienzos del siglo XX, y aquel período que persistentemente identifica como la etapa más próspera del Uruguay: el período 1900-1930; el golpe de Estado de Terra parece inaugurar el presente histórico y ya no puede identificar períodos. En todas las etapas aparecen responsables y víctimas, y la actuación de los protagonistas le merece fuertes críticas. La única excepción es Artigas que se transformó en el parámetro de referencia: la actuación de un protagonista se juzga según su adhesión a los principios artiguistas. Pero eso le provocaba cierto desencanto:

...nunca las masas campesinas han contado en nuestro país con una élite dirigente que estuviera a la altura de su modelo reivindicativo. La propia naturaleza del fenómeno caudillista las condenaba a «Jacqueries» sin valor doctrinario (una sola excepción: Artigas y su *Reglamento Provisorio* [sic] de 1815). (Nº 1187, 31)

Unos años más tarde le confesaba su frustración a Real de Azúa, ya que no había logrado encuadrar los hechos históricos del siglo XIX en un esquema social ya que todos los protagonistas forman parte de la misma clase (Klaczko, 198). Ante esa situación la referencia a la nación, dirá Barrán en 1974 con algo de picardía, proporcionaba una alternativa para la construcción de una historia “posible” cuando la lucha de clases todavía no se manifestaba en la sociedad:

---

4. Prólogo a *Las Instrucciones del año XIII* de Héctor Miranda, Ministerio de Instrucción Pública, “Biblioteca Artigas”. (*Marcha* Nº 1221, 31).

5. A comienzos de los 70 integraba el grupo “Historia y presente” junto a Benjamín Nahum, Juan A. Oddone y Blanca Paris, Roque Faraone, Carlos Benvenuto, Julio Millot, Lucía Sala, Nelson de la Torre y Julio C. Rodríguez (Barrán-Nahum, 7).

... no porque la nación me interese en sí (aunque tal vez algo de ello ocurra), sino porque creo que su defensa, en última instancia, iba a permitir a las clases populares alcanzar el papel que sistemáticamente se les había negado. Defender la «orientalidad» era defender uno de los postulados básicos del artiguismo, aunque fuera en otro contexto temporal. (Klaczko, 198)

En las reseñas bibliográficas de *Marcha* son frecuentes las referencias identitarias, formuladas a veces en tono discretamente polémico con los seguidores de la novedad revisionista de los sesenta: el centralismo montevidiano "...mal que nos pese era también la definición de la individualidad rioplatense, si no se desea decir uruguaya (como sospecho, los autores no desean decir)" (Nº 1297, 28). En la misma línea reivindicaba permanentemente la "orientalidad" de Artigas cuando comenta "Los caudillos" de Félix Luna:

...no es un líder argentino y calificarlo de tal forma –aunque reconociendo cierta impropiedad en el término, como reconoce Luna– es una «apropiación» histórica indebida. La Argentina –la idea nacional que este concepto implica– no existía en el momento de la actuación artiguista. La patria común –que había que formar– era el gran Virreinato del Río de la Plata, el cual incluía a bolivianos, paraguayos, orientales, porteños, etc. No tiene sentido que el más rioplatense de nuestros caudillos sea precisamente presentado como el integrante de una galería argentina de personajes, como tampoco tiene –es necesario ser justos– la «orientalización» absoluta que los uruguayos hemos realizado de él. (Nº 1328, 30)

La irritación que muestra la cita refleja con bastante precisión el lugar de Artigas en el universo de Barrán: como caudillo anterior a la formación de las naciones rioplatenses no admite la denominación de "argentino" que le aplica Luna, pero tampoco es un caudillo uruguayo como lo pretende la construcción tradicional uruguaya. Por eso cree ver en Luna un intento de "apropiación" que "no tiene sentido" histórico.

La frustración del proyecto artiguista reclamaba un responsable: en sus reseñas adjudica ese lugar a las clases altas, no solamente por su ocasional alianza contra el artiguismo, sino por la actitud permanente que ve reaparecer en la fusión y en el discurso principista. Barrán ve en las clases altas la evidencia de un egoísmo de clase que los lleva a jugar a la autonomía o a la anexión según conviniera a sus intereses. La aspiración al "orden" era un simple recurso para someter a las clases populares: "El temor al desorden (que siempre significa temor a las clases inferiores), [fue un] rasgo típico de las oligarquías provinciales y de Buenos Aires" (Nº 1176, 29).



Algo similar ocurre con el principismo, aunque allí la mirada se Enriquece con otros aspectos. La publicación de la polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez (que se encargó de transcribir junto con Nahum desde los diarios amarillentos) le da oportunidad de publicar una reseña (casi un ensayo), “El desarraigo de los intelectuales montevideanos”. En dos densas páginas adelanta una hipótesis sobre el principismo –discutible, pero muy persuasiva– basada en la ruptura de la relación entre la actividad económica y política de las clases dirigentes.

El patriciado que se había arruinado paulatinamente no representaba ya –el ejemplo de Herrera y Obes es típico– a las fuerzas vivas de la producción del país. [...] Sin ataduras activas con los dueños de la tierra o el gran comercio importador, se sintieron políticos y nada más que ello. Por eso también cayeron. No representaban a nadie fuera de sí mismos. (Nº 1267, 30)

El juicio que le merecen sigue de cerca al Pivel anterior a “La amnistía en la tradición nacional”. Sin embargo el comentario permite vislumbrar la complejidad del sentimiento que los años sesenta con respecto a los temas del principismo: la democracia política y las libertades públicas. Por un lado el discurso garantista parece fastidiarlo “El palabrerío en torno a la democracia y los derechos individuales comenzó aquí” (Nº 1267, 31) mientras que por otro denuncia la falta de espíritu democrático que cree descubrir en ellos: el liberalismo principista, según Barrán, era esencialmente elitista y antidemocrático. Como apoyo cita un fragmento de Fortunato Flores invitando a votar en las elecciones de Alcalde ordinario de 1875:

La lucha es social, eminentemente social, como claramente se desprende de la espléndida reunión del 6. La gente honrada alrededor de la lista popular; la canalla insolente en torno de la lista que encabeza Francisco de Tezanos. *De un lado está lo más escogido de nuestra sociedad, la valiente juventud* [sic] de Montevideo, serena y tranquila; del otro lado los calumniadores de oficio, los traficantes políticos, los concusionarios y ladrones acompañados de asesinos alquilones que se han de resbalar en los adoquines y se han de balear solos en las urnas... Mal que les pese a los netos, *la gente decente, los cajetillas de Montevideo* [sic], hemos de poner a raya a los bandidos que los auxilian. (Nº 1267, 31)

No deja de ser curioso que sea Barrán quien asume que las clases bajas son “ladrones” y “asesinos” y que la referencia a la “gente decente” describe solamente a la clase alta; el texto de Flores es más confuso y no permite esa fácil asimilación. El original puede leerse también como una argumentación retórica de que la mayoría del pueblo (compuesta por la gente honesta de todas las clases sociales) apoya la “lista popular” mientras que solo lo peor de la sociedad acompaña a la lista adversaria.



# LIBROS DE LA PUPILA

La editorial política de nuestro tiempo.

Apareció

## PUEBLO EN MARCHA

por JUAN GOYTISOLO

Novidades recientes

## VIETNAM ACUSA

por PETER WEISS

## PROPUESTAS ACERCA DEL SUBDESARROLLO

El Brasil como problema

por DARCY RIBEIRO

## MARX HOMBRE Y REVOLUCIONARIO

Selección

por MANUEL SADOSKY

Otros títulos

## UNA RESPUESTA A LA REVOLUCION LATINOAMERICANA

por ROBERT KENNEDY

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO

# Arca

Colonia 1283 — Tel. 833.00

JOSE PEDRO BARRAN

# A LA CLASE ALTA Y LOS RIESGOS DE

¿CON 70 mil habitantes y dos poderosas naciones vecinas que no habían renunciado a la incorporación de la Banda Oriental al carzambano a ser en 1830 una nación? ¿Podía el nuevo estado garantizar la seguridad individual de los ciudadanos en medio de la anarquía que la revolución nos había dejado como herencia? Sobre todo, ¿podía el Estado Oriental garantizar la propiedad privada?

Estas preguntas fueron contestadas negativamente por los comerciantes y prestamistas montevideanos —creados luego de la banca y el alto comercio— durante nuestros primeros cincuenta años de vida independiente. Minoría rica y en ciertos protagonistas también culta, el patriciado se enfrentó —por que la independencia lo colocó frente a ese hecho— a una mayoría campesina que por sus tendencias y las condiciones del medio histórico primitivo, ponía siempre en tela de juicio su dominio sobre la cosa pública. Inermes y desguarecida hasta el Militarismo (1870), la clase superior creyó ver en la nacionalidad el riesgo más peligroso para su monopolio económico, social y político.

El patriciado recurrió a todos los expedientes que una fértil imaginación le brindó para impedir o limitar los riesgos de la nacionalidad. Incorporación a Portugal o Brasil, anexión a Buenos Aires, limitaciones expresas a la soberanía mediante neutralizaciones peligrosas, todo fue ensayado.

Cada vez que la anarquía ponía en peligro el goce del orden establecido, la clase superior, y no sólo la oriental sino todos los estratos elevados de la sociedad rioplatense en realidad, repensaban la independencia y su viabilidad.

Partiendo de un lejano antecedente, creemos que la primera figura en la fe nacionalista que la Revolución de Mayo había cimentado, lo ocurrió precisamente al patriciado porteño. Ante la posibilidad de que triunfaran las fuerzas artiguistas, el director supremo de las Provincias Unidas, Carlos María de Alvear y su ministro de Gobierno, el oriental Nicolás Herrera, escribieron en enero de 1815 una nota al ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, pidiendo el reconocimiento de las provincias desearon pertenecer a la Gran Bretaña, recibir sus leyes, obedecer a su gobierno y vivir bajo su influjo poderoso; ellas se abundan sin condición alguna la generosidad y buena fe del pueblo inglés... y concluyen: "...es necesario se aprovechen los momentos que van ganando tropas que impongan a los generales desobedientes...".

Alvear en sus memorias escritas en 1852 proporcionó las razones que lo llevaron a renunciar a la nacionalidad: "Artigas fue el primero que entró nosotros conoció el partido que se podía sacar de la bruta imbecilidad de las clases bajas, haciéndolas servir en apoyo de su poder para esclavizar a las clases superiores, y ejercer un poder sin más ley que su brutal voluntad... y así fue que yo hice a este sistema bárbaro de Artigas toda la oposición que pude."

El patriciado montevideano no vio las cosas con un criterio distinto. Habiendo tenido que sufrir las confiscaciones de tierras que el Reglamento Provisional de 1815 le impuso, y las limitaciones al comercio con los enemigos políticos de la revolución en la misma fecha, herido en su dominio político sobre el medio rural que abarcaba la dominaba, en ocasión del Congreso Cisplatino en 1821, tres miembros prominentes de ese grupo social abundaron en argumentos para justificar la incorporación al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarves, la que finalmente fue votada por unanimidad.

Gerónimo Pío Bissolati haciendo referencia a nuestra incapacidad para convertirnos en una nación independiente, expresó:

"Hacer de esta provincia un estado, es una cosa que parece imposible al político; para ser nación, no basta querer serlo, es preciso tener medios con que sostener la independencia. En el país no hay población, recursos ni elementos para gobernarse en orden y sosiego; para evitar trastornos de la guerra civil... El deseo de estabilidad, orden y respeto a la propiedad privada no podía ser satisficido por un Uruguay independiente. El tono clasista del razonamiento —calificación que no excluye, por cierto, lo que pudiera existir de verdad objetiva en ciertos hechos enunciados por Pío Bissolati— queda de manifiesto en las siguientes frases que pronunció:

"Una soberanía en este estado de debilidad no puede infundir la menor confianza, se seguirá la emigración de los capitales, y volverá a ser lo que

fue, el Teatro de la Anarquía y la presa de un ambicioso atrevido...

Como la nacionalidad implicaba la ruina del orden establecido y el posible renacer del artiguismo —casi imposible como "Teatro de la Anarquía"— había que renunciar a ella. El parentesco con las ideas de Carlos María de Alvear sería sorprendente si no advirtiéramos que se trata del mismo grupo social: el patriciado rioplatense.

¿Qué debíamos esperar de la dominación extranjera? Paz y progreso económico. Asíado Bianqui no quedó otro recurso que la incorporación a la monarquía portuguesa, bajo una constitución liberal. De este modo se libra la provincia de la más funesta de todas las esclavitudes que es la de la monarquía. Viviremos en orden, bajo un poder respetable, seguirá nuestro comercio sostenido por los progresos de la pastura; las haciendas recogerán el fruto de los trabajos emprendidos en su hacienda para repararse de los pesados quebrantos."

Como el patriciado expresó con tanta lucidez como en esta oportunidad su visceral desconfianza hacia el destino independiente del Uruguay. Los razonamientos fríos y corteros, que incidían sobre algunos hechos indiscutibles como las carencias demográficas y económicas de una región arruinada por diez años de revolución, no tardarían en repetirse.

## DE CÓMO EVITAR LOS RIESGOS DE LA INDEPENDENCIA

Independizado el Uruguay en 1823, mediante un proceso complejo en el que la clase alta arreó momentáneamente su bandera de desconfianza ante los riesgos mayores que hubiera significado la unión a las anarquizadas Provincias Unidas, las guerras civiles que siguieron a 1830 pusieron nuevamente sobre el tapete un tema (que de eso se trataba), de la soberanía que las multitudes campesinas (y los ingleses) nos habían proporcionado luego de Rincón, Sarandí e Ituzáza.

El drama de todas las nacionalidades del cono sur en formación, iba a experimentar un fortísimo crecimiento durante la Guerra Civil (1839-1852). La internacionalización de los partidos políticos en el Río de la Plata (blancos orientales y federales argentinos contra colorados o unitarios montevideanos) el hecho jurídico de la independencia había precedido a la formación de una madura conciencia nacional.

Quienes en mejor condición estaban para notar esa debilidad, por sus intereses (y su cultura) eran precisamente los integrantes de la clase alta montevideana. Esta, además, desde los lejanos tiempos de la Cisplatina, había sufrido una profunda transformación. Comenzando con el primer aporte inmigratorio bajo la presidencia de Manuel Oribe y la segunda de Fructuoso Rivera (1835-1842), el alto comercio montevideano era todo él extranjero. Los ingleses, franceses, alemanes, españoles, italianos, dominaban la vida económica de la capital, haciendo del deseo de seguridad y del culto a la propiedad privada las claves de su ideario político. El viejo núcleo patricio en su mayoría se pleó a ellos sirviéndoles desde el gobierno y el bufete de abogado. La nueva integración de la clase alta montevideana volvió más recurrente su temor al desorden que ciertas fuerzas sociales y políticas podían representar. La independencia irreflexiva para esos miembros del alto comercio y sus ideólogos doctrinarios se identificó con este concepto negativo.

La unión entre los antiguos miembros de la clase superior suplantados en el poder económico por los extranjeros y éstos fue relativamente sencilla porque el enemigo que se hallaba sitiando a la ciudad debía representar el nacionalismo americano. El defensor de la Independencia Americana", se titulaba el periódico editado en el Cerro, amenazaba, con represalias a los extranjeros y simbolizaba a los ojos de nuestros liberales el retorno a los moldes despóticos del colonialismo. Ello condujo a los descendientes espirituales de Alvear y Pío Bissolati a buscar la interacción franco-inglesa en la contienda civil, e incluso el protectorado.

Escribió Andrés Bello en 1849 al presidente Joaquín Suárez: "No nos queda término medio entre sacrificar todo lo que hemos defendido o apoyarnos decidida y exclusivamente en los extranjeros y en las relaciones comerciales exteriores. Es necesario y urgente que no cunda entre nosotros el americanismo y nos lleve a las banderas de Rosas..." (6).

Mientras los restos del viejo patriciado, aliado al pujante alto comercio montevideano, buscaban el protectorado franco-ingles, la nacionalidad se fugaba en el sentir popular que los caudillos, mal que bien, reflejaban mejor que la clase alta urbana. Los intentos de Venancio Flores y Fructuoso Rivera en 1847 para llegar a un entendimiento entre orientales desconfiantes de los intereses extranjeros demuestran que la orientación no estaba donde estaban las luces y la riqueza de la ciudad, sino en las repliegues más profundos de la campaña "bárbara", al decir de Sarriento.

Cuando las treguas entre sitiados y sitiadores daban lugar a escenas de confraternidad —eso que Lomas tenía como el contagio del americanismo— una publicación anónima del Cerro comentaba: "No reparare como se quedaban los gringos embobados cuando se abrazaban nuestros jefes y oficiales con otros iguales? ... ¿cómo así por calidez; hoy nos tratamos como hermanos? ... ¿cómo así nos quedamos compañeros, olvidando todo como más amigo, si somos una misma familia; ahora sí se convencerán nuestros paisanos, no aborrecerán más contra orientales, sino es que quieran concluirnos todos, que eso será lo que desean los extranjeros; vamos, es preciso no seamos por más tiempo esos, pues, bastarles lo futuros..." (7).

## LA NEUTRALIZACIÓN

Concluida la Guerra Grande, la clase alta se enfrentó a un triple problema: las luchas internas en la Confederación Argentina, la ambición brasileña y el problema de la fusión. El desorden interno y la asociación por los vecinos o nuestros hermanos en sus querrelas civiles eran prevebles. Para mantener la paz y salvaguardar una nacionalidad que se convertía ahora en prenda de tranquilidad interna, la clase alta elaboró sus soluciones que iban desde una propuesta "alianza bien entendida" con el Brasil, hasta las garantías colectivas que naciones americanas y europeas podrían brindarnos.

Andrés Bello logró que el Imperio del Brasil y la Confederación Argentina firmasen con la república el 7 de enero de 1853 un tratado que nos definía como estado absoluto y perfectamente neutro entre el Imperio y la confederación. Y si bien se veía menoscabada la soberanía del país en este aspecto, puesto que no podríamos traer alianzas políticas con ninguna de esas dos naciones o cualquier otro estado, por lo menos nos aseguraba permanecer al margen de los procesos revolucionarios argentinos, que tanta pesadumbre habían en los partidos políticos nacionales.

Cándido Juncos en la sesión de la cámara de diputados el 10 de mayo de 1853 presentó un proyecto de ley por el cual el Uruguay, mediante un acto unilateral, se declaraba neutralizado, incorporándose al Poder Ejecutivo para llevar adelante las relaciones amistosas y especialmente con la Francia la Inglaterra, la España y los Estados Unidos de Norteamérica. La neutralización ya incluida con el Imperio del Brasil y la Confederación Argentina" (8).

Y aunque es discutible que estos proyectos y otros posteriores en el mismo sentido procuraban afirmar la independencia mediante nuestro forzoso apartamiento de los conflictos civiles argentinos y brasileños, no deja de ser interesante observar que en este capítulo de frente de la clase alta se mantuvo siempre presente la misma obsesión: evitar la anarquía, ahora utilizando la salvaguarda, el escudo que la nacionalidad ofrecía. En el fondo, el proyecto de neutralización era mucho más sutil y sutil que real. El objetivo primordial seguía siendo la seguridad y el orden, los medios para ello se buscaban en las relaciones diplomáticas. Si la república podía mantenerse aminorada del patriciado rural y culto (integrado ya en él, el alto comercio extranjero), apartado de la barbarie campesina representada por los caudillos, si la república podía ser nacionalizada sus destinos impidiendo el contagio revolucionario argentino, entonces la solución nacional. Ello no impedía los intentantes de la comisión parlamentaria que estudió el proyecto de Cándido Juncos mencionado —con auténtica solidaridad de moral— los acuerdos de neutralización con el Congreso Cisplatino: "...los males que ha sufrido nuestro país —decían— proceden principalmente de las condiciones de su existencia. Nos sentimos una nación independiente, sin contar todavía con todos los elementos necesarios para sustentar una vida verdaderamente independiente".





La polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez

# El desarraigo de

La importancia de la polémica Varela - C. M. Ramírez, que por primera vez aparece ahora en libro (1), no se agota en su significado histórico concreto: un análisis tenso y magistral del país hacia 1876. El duelo verbal entre Carlos María Ramírez y José Pedro Varela publicado hoy, en 1965, cuando el país atraviesa otra crisis similar a la de 1875, alcanza contemporaneidad. Se advierte, a través de todos los hechos reales y particulares del período histórico del que se trata, una secreta e íntima ligazón con nuestro presente. También estos hombres trataron de repensar el país y en una desgarradora crisis personal — que era la de toda su generación — hicieron la autocrítica más sagaz de su pasado político, de sus ideas filosóficas, económicas y sociales. La polémica demostraba con total claridad la capacidad de reacción del país para salir del marasmo político, el desastre económico y el desarraigo cultural a que lo habían condenado tanto los hechos muy escondidos de las estructuras, como la dirección que pretendieron brindarle al Uruguay los intelectuales de la generación principista.

Son muchos los temas tratados y discutidos por los polemistas. Hay incluso un enfrentamiento filosófico muy rico en el prólogo, el doctor Ardao, considera la médula del problema. José Pedro Varela representa la introducción frontal y por ello mismo chocante y algo extrema, de las ideas positivistas, en lógica oposición a las dominantes hasta ese preciso momento en la "intelectualidad" nacional: las espiritualistas de cuño francés. Pensamos, sin embargo, que la propia especialización del Dr. Ardao — la historia de las ideas filosóficas — le ha llevado en el prólogo a unilateralizar un tanto el problema. Más importante, a nuestro parecer, y lo enjuiciado por los dos contendientes, es el desarraigo de los jóvenes universitarios, su inadecuación a la realidad del país.

Claro que ese desarraigo era motivado, en parte, por una postura filosófica de origen europeo. Pero sólo en parte. En la generación principista del '73 fue algo más que el espiritualismo eclectico de V. Cousin.

### ★ A la búsqueda del intelectual puro

Luego de la Paz de Abril de 1872, el Uruguay vivió un momento de euforia. Fuerzas retenidas por el combate de los partidos tradicionales, se manifestaron bruscamente. La Juventud Universitaria montevideana entró de lleno a la liza política. Se fundó un partido — el Radical —, diarios, clubes, todo ello como manifestación palpable de la vitalidad de un movimiento que iba a dominar al país hasta 1875: el principismo.

Sus ideas por cierto que no eran nuevas, aunque tal vez el tono fanático con que las expusieron o la violencia de ciertos entusiastas hicieran creer a los que no tenían buena memoria que se trataba de una postura inédita. Muy lejos estábamos de ese carácter. El liberalismo de que hacían gala tenía sus antecedentes más inmediatos en el Partido Conservador de 1853 (José M<sup>o</sup> Muñoz, Juan C. Gómez, César Díaz, Lorenzo Battle) y en particular en la actitud del elenico gobernante de la vieja Defensa de Montevideo (1843-1851). Existió toda una trayectoria liberal ininterrumpida en la que se movió el patriado montevideano y la juventud universitaria desde que el país nació a la vida independiente.

Habla, sin embargo, una diferencia sustancial, no del orden ideológico sino sociológico, entre el grupo liberal que emergió en 1872 y el anterior. Cuyo que — y éste es el nudo del problema — los jóvenes de 1872 habían perdido todo contacto con las realidades últimas del país, cosa que no había sucedido con los conservadores de 1853.

Un factor que debió haber contribuido a ello es su carácter de egresivos firmantes — cuando no todavía estudiantes — de nuestra Universidad. Es sabida la condición particular de los estudiantes en la sociedad. Su status todavía no se encuentra definido por lo que a menudo obran como grupo no comprometido con las fuerzas en pugna, lo que puede conducirlos a pensar y actuar en función de un país ideal, no concreto, porque no viven una situación social y económica real.

Precisamente algo que impresiona al estudioso es la juventud extremada de la generación principista. Elhijamos a 9 representantes conspicuos.



RAMÍREZ, PÁTOLÓGICO DESDEN POR LA PRÁCTICA

Ubiquémoslos de acuerdo a sus edades en el año 1873, aquí en que la eclosión del grupo se produce y casi todos llegan a la Cámara de Diputados.

José Pedro Ramírez es el mayor: 27 años, le sigue Julio Herrera y Obes con 32; Agustín de Vedia, 30; José Pedro Varela, 28; Gonzalo Ramírez, 27; Carlos María Ramírez y Juan Carlos Blanco, 26; Francisco Lavandeira, 25; y Pablo de María con sólo 23 años.

Pero además de lo anterior, existe otra nota que los tornaba aun más vulnerables, que los volvió más inermes frente al engegucimiento que siempre provocan los principios abstractos, nota que los ubicaba casi en las nubes, navegando muy por encima de los problemas prácticos del país.

Los principistas del '73 — y lo digo como hipótesis que creo fundada y que ayuda a comprender la inadecuación de su ideología — carecían del fundamento económico tradicional en la clase alta. Eran en ese sentido, los primeros superiores uruguayos. No estaban ligados ni al comercio ni a la estancia, las dos actividades fundamentales del país, aquéllas de las cuales emergieron los grandes hacendados, y el espíritu universalista de la clase alta. Eran en ese sentido, los primeros superiores uruguayos. No estaban ligados ni al comercio ni a la estancia, las dos actividades fundamentales del país, aquéllas de las cuales emergieron los grandes hacendados, y el espíritu universalista de la clase alta.

Su origen social, si analizamos la actividad económica de sus padres, prueba lo antedicho. En primer lugar, la aparente excepción: cuatro de los nueve analizados (los tres Ramírez y Francisco Lavandeira) eran hijos de estancieros, pero ello no impedirá que en el caso de los Ramírez al menos, la fuente segura de recursos sea la propia profesión de abogado y los cargos públicos que, con generosidad, el gobierno le brindaba. Carlos María Ramírez confesará a lo largo de la polémica, sus dificultades económicas, coincidiendo en ello con el propio José Pedro Varela (hijo de barranquero) (2). De Juan Carlos Blanco sabemos que sus comienzos son precisamente difíciles; su padre fue un comerciante español fundido. Agustín de Vedia no está ligado ni al campo ni a la esclavitud mercantil. Es hijo de un militar argentino, emigrado unitario en el Montevideo de la Defensa. Pablo de María, hijo de Isidoro De María, no tiene una posición económica destacada. Su padre, culto y humilde vicecónsul del Uruguay en Gualeguaychú, no pudo brindársela. Julio Herrera y Obes, de estrípe realmente patricia (hijo del canciller montevideano de 1847, nieto del diputado de la Cisplana, Nicolás Herrera), último eslabón de una cadena familiar que gozó del esplendor, morirá en la miseria.

El patriado que se había arruinado paulatinamente no representaba ya — el ejemplo de la producción del país, vinculados al medio profesional — los principistas eran intelectuales casi puros inocentados. Sin actividad activa, con los dueños de la tierra o el gran comercio inermes, se sintieron políticos y nada más que ello. Por eso también cayeron. No representaban a nadie fuera de sí mismos (3).

### ★ Imposible vivir fuera de la política

¿Cómo llegaron estos jóvenes a la vida pública? Los caminos eran tan sencillos que ahora, era más simple en un país que todavía no se había modernizado. Fundar diarios, crear clubes, no era una empresa económica que estuviera fuera de las posibilidades de simples profesionales. El país, además — y cualquier gobierno, fuera de la patria, no podía prescindir de la clase de las élites — no sólo para vestir con las formas civilizadas de los actos del poder, como decía J. P. Varela, sino también por la necesidad, importantísima en la administración, de un equipo dirigente preparado. El poder judicial, por ejemplo, les estaba ne-

cesariamente reservado. La escasez de profesionales en un país sin tradición universitaria — la institución que los formaba no contaba más de 20 años —; la exiguidad del equipo dirigente con que el país podía contar, todo ello limitaba las posibilidades de elección de los gobernantes. Bastaba un universitario para que de inmediato la perspectiva de una carrera política se le impusiera.

Abogado, intelectual y político era una triada de conceptos inseparables. El Uruguay todavía no conocía el lujo de no saber qué hacer con sus intelectuales y sus técnicos y el intelectual a su vez sabía que su destino irremediablemente era, no, era la acción política (y que a muchos no lo agradaba, es manifiesto; el ejemplo más claro es el propio José Pedro Varela).

### ★ La ideología del desarraigo

Imponiéndoles el país la actividad política a estos jóvenes universitarios, se produjo un desacuerdo que con el tiempo se convertiría en abismo entre los principios y las ideas de estos jóvenes y las necesidades concretas del país.

Imbuidos por la vocación europea del hombre culto montevideano, cegados por la galanura, bebiendo su inspiración filosófica en la esfera que menos se adaptaba a las condiciones de la nación, sin status social definido, orgullosos, propensos al fanatismo de los principios por su extremada juventud, todo los conducía a la inoperancia, al fracaso político.

Llegaron a influir en el gobierno de Ellauri (1873-1875). Formaron un equipo brillante en esas Cámaras que luego serían calificadas de bizantinas. Lucharon por el triunfo de las ideas liberales proponiéndose como lemas: "la libertad en todas las esferas, la libertad para todos, la libertad como punto de partida, la libertad como toda la libertad como fin" (4).

"Y qué desconfianza hacía el estado y sus intervenciones! Uno se cree colocado en la Inglaterra victoriana al oír los panegíricos al individualismo más extremo, al leer esas frases concilyentes y tajantes de los discursos parlamentarios de José Pedro Ramírez o Julio Herrera y Obes. Dirá el primero: "... hay dos escuelas respecto al Estado. Una... la escuela que quiere ver al Estado interviniendo en todos los ramos de la actividad... Otra la que no quiere ver al Estado interviniendo... lo sino con la intervención indirecta, demos así, concurriendo a garantizar la seguridad exterior y el reinado de la paz, la justicia y del orden en el interior... Dirá el segundo: "Quilímite el Estado su misión a proteger la libertad individual, el verdadero, el supremo, el solo interés público..." (5).

Y en la polémica que comentamos escribía Carlos María Ramírez sobre la actitud de los graduados universitarios, haciendo, sin quererlo, su enjuiciamiento más violento:

"Se trata por ejemplo de la inmigración: declaman unos contra las deficiencias y los vicios de la inmigración espontánea; piden que la acción oficial intervenga para apresurar el movimiento de inmigrantes europeos, y el espíritu universalista responde: ¡No! Las corrientes de inmigración... se determinan por leyes naturales que la acción oficial no puede suplir ni reemplazar... Se trata de la industria; se declara que "tegera, exclaman algunos; tenemos elementos para fundar fábricas que ennegrezcan el horizonte como en Londres; lo que falta es la protección gubernamental; y el espíritu universalista responde: ¡No! Las transformaciones del mundo... en el movimiento social no son la obra arbitraria de esta o aquella combinación legislativa... Se trata de la labranza; el pastoreo, dicen algunos, no satisface ya las exigencias de nuestro progreso económico... podemos ser el principal granero de América... falta solamente que los gobiernos se preocupen... y el espíritu universalista responde: ¡No! la labranza no se decreta, esta transición no se impone tampoco por la ley, ella vendrá naturalmente... Se trata en fin de una crisis... es necesario hacer algo, exclaman de todas partes... pero el espíritu universalista responde: ¡No! reflexionan que así como "faisis en las más peligrosas ilusiones... las crisis son fenómenos naturales..." (6).

En una palabra, todo lo que el país necesitaba — acción estatal en relación a la crisis, a la inmigración, a la legislación aduanera, a la ganadería y agricultura — se rechazaba en nombre de supuestos del más crudo liberalismo económico y político. Por imitar a Europa no comprendieron que en estos países el Estado debía llenar el hueco de una burguesía inexistente. El desarrollo se haría bajo su amparo o no se haría. Uruguay y Francia eran dos mundos.

Pivel Devoto ha escrito que los principistas se caracterizaron por "... dos errores fundamentales: el de sistemática desconfianza frente al Estado y el de desdén consistente de un liberalismo material. Impregnados de un liberalismo absoluto, del individualismo antitético que fue uno de los rasgos político-sociales del siglo XIX, los principistas aplicaron en el Uruguay una desconfianza inexplicable. Ella en efecto podía comprenderse en un medio como el europeo, donde la libertad sólo podía triunfar viniendo a la tradición de estados fortalecidos por el autoritarismo de derecho divino o por el despotismo iluminado. Pero no tenía razón de ser en un medio como el nuestro, donde ni siquiera estaba formado aún el concepto de poder político. Luchando contra el fantasma de un estado absorbente, los principistas luchaban contra los clásicos mo-

**ACTO**  
**"POR LA PAZ Y EL VIETNAM"**  
 MARMIÑO DE LA UNIVERSIDAD  
 MIÉRCOLES 18 DE AGOSTO  
 HORA 19  
 Organiza:  
 MOVIMIENTO URUGUAYO  
 POR LA PAZ  
 Instituciones invitadas:  
 CENTRAL DE TRABAJADORES  
 F. E. U. U.  
 MOVIMIENTO COORDINADOR

# Intelectuales montevideanos

...fines de viento. No aceptaban ni ejército de línea, ni bancos nacionales, ni garantías de ferrocarriles, ni el crédito del estado." (7)

El desagrado de que hacían gala demostraba la existencia de un imperialismo cultural. Aquí había que crear el principio de autoridad y fortalecer la acción del Estado. Lo hará un dictador ante la ineficacia de los universitarios. No fue acaso el desprecio que esta imitación de la ideología europea fuese criticada por los mismos europeos que comprendieron a lo que ella conducía: la anarquía, el desorden, la inseguridad para sus emigrantes y para sus capitales? ¿Acaso el Gobierno británico no mantuvo relaciones precisamente con el dictador Latorre? ¿Qué enajenación singular, en verdad, de los egresados universitarios.

Su desprecio por los problemas de índole práctica adquiría a veces tonalidades patológicas. Dice José Pedro Ramírez en la sesión de la Cámara de Representantes del 9 de mayo de 1873: "Los que se jactan, en el año, Presidente, de ser positivistas, los hombres prácticos, han de escandalizarse de que la Cámara a que pertenecemos pierda un tiempo precioso en dictar leyes sobre la responsabilidad civil de los funcionarios públicos, sobre las garantías individuales... en vez de auxiliar la creación de nuevas vías férreas, de decretar puentes, improvisar colonias... Pero los que pertenecemos a otra escuela política (y creo que la Cámara, en su gran mayoría, pertenece a esa escuela) nos damos a las manos, como si pagamos tributo a esas seductoras ideas que se llaman derecho y libertad, los que no creemos ni esperamos nada de las conquistas materiales y vemos sólo en ellas un injerto de civilización bastarda, cuando no un acompañamiento de las conquistas morales... los que vemos hasta con tristeza la locomotora del ferrocarril, tal como en el Paraguay, bajo López, sólo acusa la existencia de una tiranía brutal... creemos por el contrario que ninguna Asamblea hasta ahora ha ocupado mejor su tiempo..." (8)

Este predominio de las realizaciones "morales" sobre las de índole económica, esta acusación de materialismo a los adversarios, es muy importante para caracterizar a los egresados universitarios. Por ello es que Varela repetirá en la polémica: "se sabe que es la falta de sentido práctico lo que caracteriza a los graduados universitarios" (9). No era sólo la filosofía espiritualista, tomada tal vez en un sentido muy lato, lo que engendraba el desprecio hacia los aspectos materiales. Era también el ingrediente que todo intelectual puro posee en mayor o menor grado, de desapego por las zonas de la vida económica.

Hay aquí tanto una reacción filosófica como ideológica. Es también una constante en la historiografía del XIX, ese amor a la idea contraponiéndola a aspectos materiales que se desdibujan por eso sólo milanescos. (Los aspectos que Rodó llamará después mal, ya que los más lo han considerado un adorno para evitar la realidad. Las virtudes ideológicas que el país rechazaba. Las virtudes de Uruguay —pensaban— no iban a residir en las conquistas materiales sino en sus conquistas morales. El palabrerío en torno a la democracia y los derechos individuales conservó aquí. El prebendario político olvidando la infraestructura económica actual, tan contemporáneo— tiene sus lejanías originadas en el liberalismo principista.

## ★ Liberales, sí, demócratas, no

"Pero no creemos nosotros también en el error en que según Ardo, cae José Pedro Varela, el liberalismo filosófico... hasta donde la Universidad, en lo que tenía de democrático y de "progresista" (10).

Porque si bien puede sostenerse que los graduados universitarios legislaban para otro, no la tradición en otra realidad, nos legaron, en sí, una tradición de respeto a los derechos individuales, de tolerancia política, de llamado a todo el pueblo a participar en el manejo de la cosa pública, en una palabra, un concepto moderno de la democracia, que no es desdén por el voto.

Sin dejar de reconocer lo que pueda haber de defecto en la afirmación anterior, me suena afirmativa a lo que la herencia liberal significó en el plano político, y sólo en éste. Pero no se refiere al otro concepto: la democracia.

Los principistas no eran populistas ni demócratas. Su desprecio por la línea popular —neta y sendos tradicionales, resaca a fanatismo de "élite" aristocrático de clase.

Como lo escribió uno de ellos, Eduardo Flores, en el periódico "La Idea" al referirse al choque con los partidos tradicionales: "Miente 'El Lucha'... dice que la lucha... es una cuestión social, como claramente se desprende de la espléndida reunión del 6. La gente honrada y noble de la lista... creaba, con el Sr. Francisco de Tezanos. De un lado lo más escogido de nuestra sociedad, la valiente juventud... de Montevideo, serena y tranquila; del otro lado los calculadores de oficio, los traficantes políticos, los concusionarios y ladrones acom-

pañados de asesinos alquilonos que se han de resbalar en los adoquines y se han de balear solos en las urnas... Mal que pesa a los netos, la gente decente, los cajetillas de Montevideo, hemos de poner a raya a los bandidos que los auxilian" (11).

El desprecio que se exterioriza en este comentario hacia el pueblo, "la canalla", da la pauta del rígido aristocratismo de los graduados universitarios, de su empaque y su "soberbia" para que, como decía de José Pedro Varela. Es que a la "...tendencia oligárquica de una clase que se cree superior" (12).

## ★ El desgarramiento interior de José Pedro Varela y Carlos María Ramírez

Ambos polemistas han actuado y sido cabezas muy visibles en el movimiento principista. Producida la crisis de 1873, volvió a pensar al país y a su función dentro del país, acuciada por los trastornos políticos y económicos y el rebeldío. La polémica es, en realidad, el verdadero meca culpa de la generación de 1873.

El ataque de Varela, el más violento, el que más hiere —el más injusto a menudo— no era el de un graduado universitario, pero como había participado del movimiento, de sus ideas y de sus prejuicios, adquiría una resonancia muy particular.

Nada escapa a la mirada de Varela, ni el absurdo de los principios absolutos, ni el desplante de casta que caracteriza la futilidad de los intelectuales tan seguros de sí mismos, tan soberbios en su desprecio para lo que no fueran sus opiniones.

El juicio que merece a Varela, desde el observatorio en que se encuentra en el año 1875, la actuación de sus colegas de generación, se puede sintetizar en breve frase. La obra del principismo es comparable a la de... si en un rapio de locura, le ocurriera un día al emperador de la China proclamar la Constitución de Estados Unidos para su país, ésta no causaría mayor asombro entre los hijos del Celeste Imperio, ni sería más ineficaz en sus resultados, que el que causaría entre nosotros la promulgación, actualmente, del Código Penal proyectado por la Comisión de que nos ocupamos" (13). El ejemplo que Varela toma es sólo eso, un ejemplo. Su andanada tiene más largo alcance. Estaba demoliendo toda la actitud y la labor de su propia generación, de sus compañeros de lucha.

Carlos María Ramírez, en apariencia, defiende a la Universidad, a su filosofía, a sus colegas de generación. Todavía no se había producido en él la evolución que concluirá liquidando muchas de sus convicciones juveniles. Defiende de un ataque que considera injusto un capítulo fundamental de su vida, y de ahí la pasión que asumen sus palabras. Pero yo creo que defiende lo que sabía una causa perdida.

No era sólo el espiritualismo ecléctico, base filosófica del grupo del '83, que comienza a preguntar Ramírez si debe cuestionar o no; es eso y mucho más; es la actitud del intelectual frente a la realidad uruguaya la que está en juego. Es, como adelantamos, el problema de la imitación cultural que lo obsesiona, el que corresponde que se halla en el centro de todo.

Las dudas de C. M. Ramírez tienen un aspecto en constante y que muestra la lucha interna de ideas y actitudes opuestas dentro de una misma personalidad, factor que el Dr. Ardo ha advertido con claridad.

El menos convencido de la justicia de la causa es el que sale en su defensa. Y no sólo la evolución posterior de Ramírez lo que prueba que en su interior se debatía ya lo que externamente discutía con Varela. Sabido es que se convirtió al positivismo y que adoptó, cuando Ministro de Hacienda de Julio Herrera y Obes, muchos de los postulados que el liberalismo principista desechaba, como la protección aduanera a nuestras industrias.

En realidad, desde por lo menos 1872, C. M. Ramírez estaba cada día menos convencido de la bondad de los principios de su generación. Desde su cargo de Fiscal de Hacienda, realiza en 1872 un informe a pedido de varios particulares que deseaban organizar un Banco Rural con privilegios y monopolios especiales. Y escribe en el último párrafo: "No se ocultan al Fiscal las graves objeciones que pueden dirigirse a la concepción de la garantía expresada. Esa concepción requiere sanción legislativa y el Fiscal presente que ha de encontrar muy poderosas resistencias en el espíritu de los señores...".

Los años más tarde, en carta dirigida a Angel Floro Costa, datada el 9 de julio de 1874, expresa conceptos muy similares aunque más claros todavía. "Nosotros, efectivamente, somos abrumados con fe, con entusiasmo, con encarnizamiento... una docena y media de principios absolutos, verdades generosas que seducen nuestra inteligencia y a cuyo servicio ponemos ufánamente todas las fuerzas vivas de nuestra voluntad. Pero está muy lejos de ser un mal en sí. Toda generación digna de dejar una huella de su vida en la historia de la sociedad política necesita



VARELA: POR EL PAIS REAL. LOS UNIVERSITARIOS

"una creencia, un dogma, una determinada calidad de espíritu... Afirmo preventivamente esa declaración... pero digo también que hemos exagerado y estrechado a la vez la fuerza de nuestro dogmatismo, convirtiéndolo en piedra fundamental de una iglesia inmutable e intolerante por la propia naturaleza de sus dogmas y no por el carácter individual de sus adeptos" (15).

Es de suponer, y el lector lo advertirá en este libro, que José Pedro Varela faltó ya de los argumentos con que rebatir la habilidad dialéctica superior de su adversario, se lanzó sobre esta carta que Ramírez —por una de estas trampas que el inconsciente tiende— recordó y transcribió en la polémica. La carta a Angel Floro Costa no expresaba en términos muy distintos a lo que lo había hecho José Pedro Varela en "La Legislación Escolar", el fondo de lo discutido.

La actitud de ciego orgullo, de casta —como decía C. M. Ramírez— era la de los egresados universitarios. La defensa del espíritu generacional de 1873 se podía dar por concluida. El meca culpa era fundamental para emprender la labor de reconstrucción del país. Podría decirse que en uno de sus planos —el de las ideas y su adecuación a la realidad— la crisis ya estaba conjurada. La nación iba a entrar resuelta (1876-1890) buscando evitar los desarragos europeos, pensando al país real y no al que Europa nos ofrecía como caricatura. La polémica fue así un hito fundamental en la búsqueda de la conciencia de la orientalidad.

- (1) JOSE PEDRO VARELA-CARLOS MARIA RAMIREZ: EL DESTINO NACIONAL Y LA UNIVERSIDAD POLEMICA. Biblioteca Artigas, N° 67 y 68. Edición del Ministerio de Instrucción Pública, Barreiro y Ramos S. A. Montevideo, Prólogo de Arturo Ardo, 2 tomos.
- (2) J. P. Varela es, junto a J. Herrera y Obes, otro conjunto destacado del patriado rioplatense en este poeta argentino Florencio Varela. Su ascendencia materna lo vincula a los Berro y a los Larrazaga. Como conductor de la barraca paterna no se caracterizó, principalmente, por la habilidad en los negocios.
- (3) El estudio de abogado puede haber conducido a muchos a un contacto cada vez más comprometedor con la clase alta del país (comerciantes, hacendados) para ello debió atender sólo a partir de 1875 cuando se volvió ineludible el ejercicio de la profesión para su historia. En el exterior, los cargos públicos y la política bastaban.
- (4) J. A. Odone. "El Principismo del Setenta", p. 66.
- (5) J. A. Odone, Lib. cit. p. 115-116.
- (6) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. p. 93 a 108. Tomo II.
- (7) J. E. Pivel Devoto. "Historia de la R. Oriental del Uruguay", p. 334.
- (8) J. E. Pivel Devoto. Lib. y p. cit. citados.
- (9) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. p. 127.
- (10) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Prólogo A. Ardo, pag. XXXIV. Tomo I.
- (11) Edo. Acevedo. Anales Históricos del Uruguay. Tomo III, p. 700.
- (12) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pag. 265.
- (13) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pag. 263.
- (14) Revista de la Asociación Rural. Número 5. 15 de julio de 1872. pag. 25.
- (15) J. P. Varela - C. M. Ramírez. Polémica. Lib. cit. Tomo II, pag. 256.

El rechazo de Barrán por el principismo lo lleva a este sobregiro en la interpretación; pero es llamativa su reivindicación de las prácticas democráticas frente a los discursos. En ese sentido también refleja con bastante precisión el juicio sobre una democracia que ya mostraba los síntomas de la crisis.

En cambio, con respecto a los caudillos, los matices de su interpretación lo dejan a distancia de las opiniones predominantes: simplemente los ve como integrantes de las clases dirigentes a los que critica su “incapacidad de larga visión política [que] es probable que fuera congénita a su manera de hacer política y de entenderla...”; por eso Venancio Flores y Máximo Pérez se aliaron con Mitre, enemigo de los gauchos, mientras que “el país teórico aprendía a modificar su actitud” con Latorre (Nº 1135, 30). En su reseña de “Con divisa blanca” de Javier de Viana (Nº 1346, 29) no asoma todavía la clave clasista que presentarán en el Tomo IV de la *Historia rural...*, pero a veces destila ironía contra algunas interpretaciones “reversionistas”; a propósito de una interpretación socioeconómica de las revoluciones saravistas, comenta “Si esto es así [...] Saravia surge como el más «divinamente inconsciente» de todos nuestros caudillos” (Nº 1179, 31).

Las críticas a la clase alta montevideana parecen aumentar cuando la visión es más cercana, como ocurre con el caso de la “Memoria autobiográfica” de Alfredo Vásquez Acevedo. El documento pone en evidencia la “estolidez” de Vásquez Acevedo para percibir su decadencia, que es “el mejor símbolo de su clase ya moribunda.” (Nº 1325, 15) aunque rescata la sensibilidad de algunos fragmentos más íntimos: “El pudor con que relata su noviazgo con Juana Varela Berro, y las noticias que proporciona inconscientemente sobre las costumbres de la década de 1860, constituyen una de las páginas más sabrosas de todo el relato”. (Nº 1325, 14)

Buena parte de estos argumentos se reúnen en la penúltima colaboración aparecida con su firma, “La clase alta y los riesgos de la nacionalidad (I)” el 8 de agosto de 1969.<sup>6</sup> En un artículo denso y apasionado, plagado de citas, expone la tesis nacionalista ya clásica de Pivel Devoto (la independencia se logró por la voluntad de los orientales y se mantuvo a pesar de las claudicaciones de la clase dirigente montevideana) con una inflexión menos rural y más “populista”. El nacionalismo con perspectiva socialista es una de las novedades de la mirada histórica de la época, que buscaba la manera de reconstruir los relatos “nacionales” en el marco de la lucha de clases. A Barrán ya le había llamado la atención este enfoque derivado del revisionismo histórico argentino, que “para curiosidad futura une a una alta dosis de nacionalismo irracional una postura mental lúcida y de izquierda” (Nº 1149, 21). Con el paso del

---

6. A pesar de lo que parece sugerir el título, este artículo no tuvo continuación.



tiempo terminó adoptando esa perspectiva y todo el artículo de 1969 es un ejemplo, como puede verse en su párrafo de conclusión:

De todo lo que cabe deducir: si el mantenimiento del país como estado independiente resistió dificultades objetivas y acciones hostiles de su clase alta, las raíces de la orientalidad solo se nutrieron, por lo tanto, de los que al fin y al cabo ya habían dado su sangre por ella, desde Rincón al sitio de Paysandú: las clases populares (N° 1457, 27).

Sin embargo, muchas de sus ideas sobre las clases altas parecen haberse conmovido con la lectura de *Novecientos* de Josefina Lerena de Blixen, un libro que le da oportunidad de poner en orden algunas ideas dispersas a lo largo de sus notas críticas. No hay aquí críticas a la “vida a espaldas del país real” de la burguesía montevideana; por el contrario prevalece la fascinación de “aquellos datos nimios, por ello mismo los más olvidados y los que en verdad constituyen la esencia de la vida histórica” (N° 1350, 29) en los que asoman aspectos invisibles del pasado, como la percepción del tiempo, la función social del luto, o la configuración de la vida doméstica. Y si bien formula algunas observaciones sobre el sesgo de clase del testimonio, termina reclamando “más, mucho más material de este tipo”.

Es cierto que la época en la que Josefina Lerena sitúa su relato es particularmente interesante para Barrán: era esa “época de oro” que también estaba marcada por el batllismo; aunque su mirada es ambigua y oscila permanentemente entre el comentario crítico y la admiración. La reseña de la primera edición en español del *Batlle* de Milton Vanger le permitió compilar sus complejas impresiones sobre la personalidad y la acción de Batlle:

Tímido y audaz, irrespetuoso de los convencionalismos sociales, buen razonador, jugador sabio en la maraña de la política nacional, intolerante y rencoroso, capaz de recordar a sus enemigos aun después de muertos y negarles homenaje (caso de Julio Herrera y Obes) o pedirles cuenta por tristes errores del pasado (caso de José Pedro Ramírez); también horrorizado ante el derramamiento de la sangre de los hombres y la crueldad para con los animales. Luchando por abolir la pena de muerte y co-protagonista de la batalla más sangrienta en la historia de nuestras guerras civiles, que al decir del Partido Nacional, nadie más que él había provocado (Tupambaé en 1904). [...] Hay suficientes motivos como para que todavía nos deslumbré y nos proponga desciframientos difíciles (N° 1402, 29).

Esta incertidumbre se incrementa cuando el paso del tiempo le permitió historizar la mirada, como señala en una curiosa observación a un trabajo de Julio de Santa Ana:

La valoración negativa que del batllismo hace de Santa Ana, siguiendo en parte a Martínez Ces, es un poco el fruto de aquel hastío del año 1958 que invadió a la intelectualidad nacional. Vista ahora, más fríamente, la figura de Batlle, con todas sus carencias, surge como una de las pocas que pretendió insertar al país en un proceso creativo. (Nº 1230, 28.).

En una época que tendía a culpabilizarlo, Batlle y Ordóñez aparecía como el promotor de cambios profundos en la sociedad y la economía uruguayas, que no pudo culminar su destino transformador; la distancia entre el proyecto y sus resultados, mostraba las dimensiones de esa frustración. El “error” que por entonces encontraba en Batlle (otra vez a contrapelo de la opinión mayoritaria) no era su timidez frente al problema de la tenencia de la tierra, sino la falta de impulso a la tecnificación rural. La contraposición de esa actitud pasiva en el medio rural con la acción vigorosa en el ámbito urbano es lo que habría dado por resultado el desarrollo desmesurado de las clases medias, donde Barrán veía una de las rémoras de su presente.



En el origen del triunfo nacional de la ideología de las clases medias en el Uruguay, cabe responsabilidad importante al tono que predomina desde 1900 en el país, tono dado por [...] el batllismo. Este partido del humanismo optimista, ideológicamente tan blando como su mensaje que implicaba el fin de la lucha de clases bajo la tutela paternal del Estado, acostumbró al uruguayo a la visión rosada del porvenir. (Nº 1231, 2ª Sección, 15).

El mismo lugar culpable de las clases altas en el siglo XIX parece ocuparlo las clases medias del siglo XX. El optimismo sin base y la búsqueda de beneficios con el mínimo esfuerzo les impidieron concretar una revolución que en su época parecía posible. “Las clases medias se manifestaron incapaces de transformar de raíz la estructura económica injusta del país. Estamos viviendo las consecuencias de esta revolución frustrada”. (Nº 1195, 28)

La reseña del *Batlle* de Vanger fue una de las últimas que publicó. Allí lo define como “un gran libro”, pero ya desde el título cuestiona la hipótesis principal: “Batlle: ¿Creador de su tiempo?”. Para Barrán la obra “satisface pero no colma”: Vanger se centra en la política, y esta “no explica *el poder* [sic] del batllismo”; sus explicaciones son insuficientes si no se toman en cuenta “ciertos límites marcados por la estructura económica o social”. Además, una mirada tan política resalta la excepcionalidad del batllismo, aunque eso es más un efecto del marco de análisis que una virtud de Batlle. Más aún, invierte el sentido del título y muestra a Batlle como enemigo de los trabajadores: si creó su tiempo, entonces sería el responsable de “la escasa combatividad revolucionaria del proletariado uruguayo posterior a él, pues éste había obtenido con poca sangre y

sudor lo que en otros países costó tanto. Porque si el proletariado logró sin auténtica lucha lo que necesitaba, es evidente que se anestesió”<sup>7</sup> (Nº 1402, 29).

### “Me gusta mi país...”

La reseña del libro de Vanger fue seguida por una más, y así termina su tarea. Solo dos artículos más aparecerán con su firma: el ya mencionado de 1969 y una nota sobre el centenario de la ARU, en agosto de 1971. Más que una ruptura, esta interrupción parece una revisión de prioridades; para entonces Barrán se había transformado en uno de los historiadores más importantes de su generación: en 1964 había aparecido *Bases económicas de la revolución artiguista*, su primera colaboración con Benjamín Nahum, y en 1967 comenzó la publicación de la *Historia rural del Uruguay moderno*; la etapa de construcción y maduración del historiador había alcanzado un punto en el que las reseñas bibliográficas pasaban a ser una carga.

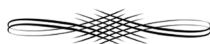
La diversidad de libros, la amplitud temática, la variedad de enfoques, la ecuación de cada momento particular, confieren al repertorio una gran diversidad en la que no faltan oscilaciones. El panorama que muestran estas reseñas también permite apreciar una evolución; puede verse el desarrollo de un estilo de exposición discreta y generalmente benévola, aunque no falten las observaciones irónicas o los comentarios severos cuando creía descubrir intereses ajenos a su tema. Si algunas preocupaciones ya aparecen en sus artículos (el interés por incluir las explicaciones en un flexible marco socioeconómico, la exploración de las posibilidades analíticas del psicoanálisis, la apertura a otros enfoques como la sociología religiosa o la antropología), también puede verse cómo fue descubriendo los períodos en los que luego instalaría su análisis, más específicamente el que va desde la fusión hasta la presidencia de Feliciano Viera. El camino que lo aproximó al batllismo y a la “historia de la sensibilidad” también lo alejó de la historia reciente.

Para una época donde se imponía una mirada “latinoamericanista” del pasado, Barrán no abdicó de su nacionalismo. En eso se mantuvo fiel a su maestro Pivel, si bien profundizó el sesgo social que este introdujo en *Raíces coloniales de la revolución oriental de 1811*. En esa

---

7. Aparentemente la crítica generó secuelas. En 1978 Vanger publicó una reseña de la serie “Historia Uruguaya” donde destaca el tomo de Barrán como el más relevante de la colección pero afirma: “el esfuerzo de Barrán [...] es uno de los logros principales, aunque no del todo exitoso” (Vanger, 1978), una frase que recuerda a “satisface pero no colma”. Sus cuestionamientos metodológicos a *El Uruguay del novecientos* son similares (aunque de signo contrario) a los usados por Barrán en 1968 (Vanger, 1984). En *El país modelo* rebate con cierta ferocidad las hipótesis de Barrán y Nahum en las tres secciones tituladas “Estimaciones”, y además les dedica una larga nota al pie de página. (Vanger, 1991).

perspectiva, todo el proyecto de la *Historia rural...* puede verse como la búsqueda de una respuesta a la interrogante sobre la resolución del “problema del arreglo de los campos” que Pivel definió y describió en aquella obra. En ese sentido no puede señalarse cambio en su opinión; como le confesó a Salvador Neves en la que sería su última entrevista para *Brecha*: “Me gusta mi país, qué voy a hacer”.



BARRÁN, José Pedro - Benjamín Nahum, *Historia social de las revoluciones de 1897 y 1904, Historia rural del Uruguay moderno* T. IV, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1972.

BARRÁN, José Pedro, “Discurso al recibir el Gran Premio Nacional a la Labor Intelectual”, en *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp. 187-189.

KLACZKO, Jaime, “Real de Azúa - Barrán. Una polémica rescatada del olvido”, en Pita, Fernando (Compilador), *Las brechas de la historia. Tomo 1. Los períodos*. Montevideo: Ediciones de Brecha, 1996, pp.189-203.

NEVES, Salvador, “José Pedro Barrán, Gran Premio a la Labor Intelectual 2009: « ¡Qué me venís con el virreinato! », en *Epílogos y legados. Escritos inéditos / Testimonios*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2010, pp 163-171.

PORLEY, Carolina, “Un historiador íntimo. Entrevista a José Pedro Barrán”, *La Gaceta de la APHU*, N° 46, Montevideo, Junio 2007, pp. 23-28

S/d. “Ediciones nacionales”, *Marcha*, N° 1221, 1964-09-04, pág. 31.

VANGER, Milton, “Historia uruguaya. Review by: Milton I. Vanger.” *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 58, No. 1 (Feb, 1978), North Carolina: Duke University Press. pp. 95-98.

\_\_\_\_\_ “Batlle, los estancieros y el imperio británico. Review by: Milton I. Vanger.” *The Hispanic American Historical Review*, Vol. 64, No. 2 (May, 1984), North Carolina: Duke University Press. pp. 399-401.

\_\_\_\_\_ *El país modelo. José Batlle y Ordóñez 1907 - 1915*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1991.

#### **Reseñas y crónicas de José P. Barrán, citadas:**

“Alberdi y su tiempo en el Río de la Plata” *Marcha* N° 1176, 1963-10-04, pág. 29.

“Artigas y los comunistas” *Marcha* N° 1266, 1965-08-06, 2ª Sección, pág. 15.

“Batlle. ¿Creador de su tiempo?” *Marcha* N° 1402, 1968-05-17, pág. 29.

“Cómo debe enseñarse la historia.” *Marcha* N° 1186, 1963-12-13, pág. 28.

- “Crítica a un crítico” Sec. “Cartas de lectores,” *Marcha* N° 1330, 1966-11-18, pp. 4-5.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. La gran crisis bancaria de 1865” *Marcha* N° 1255, 1965-05-21, pág. 11.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. Retrato yanqui de Oribe y Rosas” *Marcha* N° 1253, 1965-05-07, pág. 11.
- “Crónicas de otro tiempo por Montaldo. Un «caso Edipo» en nuestras guerras civiles.” *Marcha* N° 1234, 1964-12-04, pp. 11-12.
- “Diego Luis Molinari: Prolegómenos de Caseros. Editorial Devenir, Buenos Aires 1962.” *Marcha* N° 1149, 1963-02-01, pág. 21.
- “El caudillismo como democracia” *Marcha* N° 1328, 1966-11-04, pág. 30.
- “El más divinamente inconsciente de los caudillos uruguayos” *Marcha* N° 1179, 1963-10-25 Pág. 31.
- “El Montevideo del novecientos” *Marcha* N° 1350, 1967-04-28, pp. 29 y 30.
- “El patriciado y Batlle, enjuiciados.” *Marcha* N° 1195, 1964-02-28, pág. 28.
- “Esfuerzo frustrado.” *Marcha* N° 1327, 1966-10-28, pág. 29.
- “Fernand Niel: Albigenses y cátaros. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1962.” *Marcha* N° 1117, 1962-07-27, pág. 31.
- “Ideal uruguayo 1964: Doctor o empleado bancario” *Marcha* N° 1231, 1964-11-13. 2ª Sección, pág. 15.
- “La auténtica historia comprometida” *Marcha* N° 1369, 1967-09-08, pp. 30-31.
- “La clase alta y los riesgos de la nacionalidad (I)” *Marcha* N° 1457, 1969-08-08, pp. 27-28.
- “La crisis económica en la clase media acarrea la conmoción social.” *Marcha* N° 1187, 1963-10-18, pág. 31.
- “La polémica entre José Pedro Varela y Carlos María Ramírez. El desarraigo de los intelectuales montevidianos.” *Marcha* N° 1267, 1965-08-13, pp. 30-31.
- “La revolución de 1904 a través de uno de sus actores” *Marcha* N° 1346, 1967-03-31, pág. 29.
- “Los uruguayos y la religión.” *Marcha* N° 1230, 1966-04-22, pág. 28.
- “Máximo Pérez: La vida de un caudillo.” *Marcha* N° 1135, 1962-11-30, pág. 30.
- “Pradera, frontera, puerto” *Marcha* N° 1297, 1966-03-25, pág. 28.
- “Un libro de Ardao. La crisis de la fe en Uruguay.” *Marcha* N° 1149. 1963-03-22, pp. 22 - 23.
- “Vásquez Acevedo: la intimidad de un patricio.” *Marcha* N° 1325, 1966-10-14, pp. 14-15 y 18.
- Uruguay, ¿País sin problemas?” *Marcha* N° 1260, 1965-06-25, 2ª Sección, pág. 14.